

Decimoséptimo domingo del Tiempo Ordinario C2019

Las lecturas de este domingo hablan de la importancia de la oración. Nos muestran la manera en que debemos orar, las palabras que tenemos que usar y el resultado que sale de una oración sincera ante Dios. También nos invitan a abrirnos a Dios en la oración con constancia y persistencia.

La primera lectura describe la oración de Abraham ante Dios. Muestra cómo, mientras la situación pecaminosa de Sodoma y Gomorra fue crucial para su sobrevivencia, Abraham rogó a Dios para salvar la vida de las personas inocentes. También muestra cómo, gracias a sus súplicas, Dios renunció a destruir las dos ciudades como planeaba.

Lo que este texto nos enseña es que Dios está afectado y ofendido por el pecado humano. También hay la idea de que Dios es compasivo y misericordioso; él es atento a la oración de los justos. La última idea esta relaciona con la certeza de que la generosidad y la misericordia de Dios son más grandes que el pecado humano.

Este texto nos ayuda a entender el punto del Evangelio de hoy en que Jesús habla del resultado de una oración persistente. En primer lugar, el Evangelio relata el caso de la oración de Jesús en un lugar, cuando uno de sus discípulos le pidió que les enseñe a orar.

Pues, el Evangelio informa sobre la oración del "Padre nuestro" que por primera vez, Jesús enseñó a sus discípulos. Después, se trata de las palabras de Jesús sobre un hombre que se despertó tarde en la noche para dar pan a un amigo, gracias a su persistencia.

El Evangelio habla también de la seguridad que Jesús dio a sus discípulos acerca de la oración, al decir que quien pide recibe, quien busca encuentra y quien toca se le abre.

El Evangelio termina reportando las palabras de Jesús en que contrasta la infinita generosidad de Dios y la bondad finita de los seres humanos.

¿Qué aprendemos de estas lecturas? Hoy quiero hablar del poder de la oración. De hecho, estamos todos acostumbrados a hacer oraciones a Dios. No importe la forma o el contenido, nuestra oración es una expresión de nuestra relación con Dios, de nuestro estado y de nuestra situación ante él.

El hecho de que Jesús estaba continuamente en oración con su padre y fue el primero en enseñar a sus discípulos a orar es una indicación que la oración es importante y beneficiosa para nosotros. Si es así, significa que nuestro padre que está en el cielo es abierto a nosotros y listo para responder cuando le pedimos. Por esta razón, es importante que oremos en cualquier momento y en cualquier circunstancia de la vida.

Cuando oramos, entramos en unión con Jesús, con su padre y con el Espíritu Santo. Oramos a Dios para la gloria de su nombre; oramos a él en acción de gracias por el regalo de la vida y por todas las bendiciones que él nos ha concedido. Oramos a él en nuestras necesidades y nuestras expectativas, en nuestras alegrías y nuestras pruebas. Todas estas instancias se resumen en la oración de "Padre nuestro" que Jesús enseñó a sus discípulos.

La oración de "Padre nuestro" cubre toda nuestra vida al referir a nuestro pasado, presente y futuro. Por ejemplo, la petición del pan es acerca de la Providencia de Dios sobre nosotros como él provee para nuestras necesidades. La petición de perdón es

sobre nuestro pasado porque Dios nos perdone de nuestros pecados. La ayuda en la tentación es sobre la fidelidad en nuestros compromisos porque lo desconocido de nuestro futuro se quede en manos de Dios.

El espíritu que debe guiarnos en nuestra oración esa la confianza en Dios y su promesa. Es por esta razón que cuando oramos, debemos estar seguros que vamos a obtener lo que estamos pidiendo. De hecho, si un amigo puede despertar en medio de la noche para ayudar a otro amigo que le molesta, ¿por qué no debería Dios hacer lo mismo? Si un padre o una madre no pueden dar a su hijo una serpiente en lugar de pescado, o un escorpión en lugar de tortilla, ¿por qué no deberían Dios darnos lo que le pedimos?

No significa, sin embargo, que debemos hacer nada, porque Dios conoce nuestras necesidades. Por el contrario, tenemos que pedir, buscar y tocar a la puerta. Nuestra perseverancia es importante. Hacemos nuestra parte y dejemos a Dios su parte. El ejemplo de Abraham nos instruye más sobre esto. Una oración hecha con sinceridad y humildad puede ser tan poderosa que toque el corazón de Dios. Es de esta que tenemos que orar, no como si la oración es mágica, pero al combinar la oración y la acción. Si oramos e al mismo tiempo actuamos, Dios va a bendecir nuestra acción.

Sin embargo, nuestra oración nunca debe ser un intento de inclinar la voluntad de Dios a nuestros deseos, sino más bien una sumisión de nuestra voluntad a la suya. Por eso, tenemos que distinguir el calendario de Dios del calendario humano, el tiempo de Dios del tiempo humano, el plan de Dios de nuestros planes.

Por ejemplo, cuando oramos, queremos que las cosas se realicen ahora mismo según nuestro plan, sin embargo no sería el mismo en la visión de Dios, porque para él un día es como mil años y mil años como un día (Ps 90 : 4; 2 Pedro 3:8).

Cuando oramos, tenemos que reconocer siempre que oramos a Dios, pero también somos mediadores unos por los otros. Como Abraham que intervino a favor de la gente de Sodoma y Gomorra, tenemos que orar unos por los otros aún cuando la gente no nos pide de hacerlo. Una vez que vemos que hay un problema, debemos orar. No olvidemos que la oración del justo es llena de gracia y agradece Dios. Nuestra fidelidad a Dios y nuestra oración pueden salvar la vida de muchos hombres.

El hecho de que Dios renunció para destruir a Sodoma y Gomorra es una señal de que su misericordia va más allá de los pecados humanos. Este es un mensaje de esperanza para todos que viven en el temor de lo que han hecho en su pasado. Pero, cuanto más Dios nos perdona, cuanto más nos desafía a arrepentirnos. Dios es paciente con nosotros para darnos el tiempo para cambiar.

Abramos esta semana a Dios en nuestra oración con confianza y seguridad. Oremos unos por otros con insistencia. Que el Señor nos ayude a entender que la vida se viva con fe, esperanza y perseverancia! Que Dios los bendiga a todos.

Génesis 18: 20-32; Colosenses 2: 12-14; Lucas 11: 1-13



Fecha de la Homilía: el 28 de Julio, 2019

© 2019 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20190728homilia.pdf